

capa y juraba cada vez que se magullaba los dedos ó que el viento balanceaba la escala de cuerda.

— ¡ Qué buena ocupación para un sucesor de los Richelieu y de los Mazarinos ! murmuraba Dubois entre dientes. Es verdad que todavía no soy cardenal, que es lo que me disculpa.

Gastón llegó á tocar el agua, ó mejor dicho, el hielo del foso. Un instante después la Jonquiere se hallaba á su lado. El centinela, medio helado, estaba metido en su garita, y nada había visto.

— Ahora, seguidme, dijo la Jonquiere.

Gastón echó á andar en pos del capitán. Al lado opuesto del foso les aguardaba otra escalera.

— ¿ Tenéis más cómplices ? preguntó Gastón.

— ¡ Pardiez ! ¿ creéis que el pastel de alondras ha venido por sí solo ?

— ¿ No deciais que no podía salirse de la Bastilla ? dijo Gastón, sumamente alegre.

— Mi joven amigo, respondió Dubois parándose en el tercer escalón, creedme : no os empeñéis nunca, si por desgracia volvéis á entrar, en verificarlo sin mí, porque quizás no saldríais la segunda vez tan fácilmente como la primera.

En seguida continuaron subiendo hasta lo más elevado del muro, sobre cuya plataforma se paseaba un centinela ; mas éste, en lugar de oponerse á la subida de los fugitivos, ofreció la mano á la Jonquiere para ayudarle á llegar á la plataforma ; después todos tres, guardando el mayor silencio y

con la rapidez de gentes que conocían el valor del tiempo, recogieron la escalera, colocándola al otro lado de la muralla.

La bajada se verificó tan felizmente como la subida, y la Jonquiere y Gastón se encontraron en otro foso helado igual al anterior.

— Ahora, dijo el capitán, llevémonos esta escalera con el objeto de no comprometer al pobre diablo que nos ha ayudado.

— ¿ Conque ya estamos libres ? preguntó Gastón.

— Casi, casi, respondió la Jonquiere.

Semejante noticia redobló las fuerzas de Gastón, el cual cogió la escalera y se la echó al hombro.

— ¡ Caramba ! caballero, me parece que el difunto Hércules no valía un comino en comparación vuestra.

— ¡ Bah ! en este momento, repuso Gastón, creo que cargaría con la Bastilla entera.

Después de andar como unos treinta pasos en silencio, llegaron á una callejuela del arrabal de San Antonio. Aunque tan sólo eran las nueve y media, las calles estaban desiertas sin duda á causa de la helada brisa que soplabá con violencia.

— Ahora, repitió la Jonquiere, tened la bondad, mi querido caballero, de acompañarme hasta el extremo del arrabal.

— Con mucho gusto, capitán ; os seguiré aunque sea al mismo infierno.

— No tanto, amigo mio; mas para nuestra mayor seguridad, vamos á echar cada uno por su lado.

— ¿ Á quién pertenece ese carruaje?

— Es el mio.

— ¡ Cómo ! ¿ el vuestro ?

— Si.

— ¡ Pardiez ! capitán; ¡ un carruaje con cuatro caballos ! viajáis como un príncipe.

— ¡ Tres, caballero, tres, porque hay uno destinado para vos.

— ¡ Qué ! ¿ seréis tan bueno ?...

— ¡ Diablo ! no es esto sólo.

— ¡ Pues !...

— No tendréis dinero...

— En efecto, estoy sin una blanca ; me quitaron todo el que llevaba.

— Pues bien; aquí tenéis un bolsillo que contiene cincuenta luises.

— Pero, capitán...

— Vaya, vaya; tomad; es el dinero de España.

Gastón tomó el bolsillo, mientras que un postillón quitaba el caballo del carruaje y lo entregaba al caballero.

— ¿ Y adónde os dirigis ahora ? preguntó Dubois al joven.

— Á Bretaña, á reunirme con mis compañeros.

— ¡ Estáis loco, querido ! Vuestros compañeros se hallan condenados á muerte lo mismo que nos-

otros, y acaso dentro de dos ó tres días serán decapitados.

— Tenéis razón, repuso el caballero.

— Partid para Flandes, dijo la Jonquiere; Flandes es un excelente país. En quince ó diez y seis horas habréis ganado la frontera.

— Si, replicó Gastón con ademán sombrío. Gracias; ya sé dónde debo ir.

— Vamos, buen viaje, dijo Dubois subiendo al carruaje; hace un viento que es capaz de concluir con toda la polilla de Paris.

— Buen viaje, contestó Gastón.

Ambos se apretaron la mano por última vez, después de lo cual cada uno emprendió su camino.